

Reflexiones teológicas sobre el informe de la Comisión de la verdad

Jon Sobrino

Resumen

El informe de la Comisión de la verdad es un documento excepcional sobre el que se debe fundar el nuevo El Salvador. Su contenido expresa el mal y sus dinanismos en el país, pero el hecho mismo de publicarlo es gracia y buena noticia, y manifiesta la poderosa tradición de verdad que existe en el país. Dadas las reacciones que se han dado —como la amnistía—, que pretenden dejar a todo un pueblo burlado, es imperioso generar esperanza para el pueblo.

El informe de la Comisión de la verdad puede ser analizado de diversas formas, y también teológicamente. En comparación con otros análisis, el teológico pareciera que sólo puede ofrecer unos mínimos, pero pensamos que éstos pueden ser también máximos en la actual situación, y ello por dos razones. La primera es que realidades como gracia y pecado, verdad y esperanza, pueden configurar lo político, lo sociológico, lo económico, lo jurídico, y ayudar a que no se corrompan. Y la segunda es que estas realidades teológicas pueden fungir también como horizontes utópicos sin los cuales ninguna sociedad sobrevive a la larga con un mínimo de humanidad.

Desde esta perspectiva —en forma de breves proposiciones— vamos a analizar el informe de la Comisión de la verdad, teniendo también en cuenta

las reacciones que ha provocado y las exigencias que plantea.

1. Un momento de gracia: lo imposible se ha hecho posible

Primera proposición. El informe, aun con limitaciones, es el documento oficial más importante en la historia reciente del país. Se ha convertido en un símbolo de la verdad, de la subversión y de la liberación. Debe ser el documento fundante de un nuevo El Salvador. Desde un punto de vista cristiano, su redacción y publicación es buena noticia y momento de gracia.

La publicación del informe ha causado un impacto desconocido, mayor que lo habitual en un país en el que pareciera que nadie se sorprende de nada. Es, pues, un hecho realmente insólito y hay

que analizar por qué.

Para valorar su impacto hay que tener en cuenta que lo que dice el informe ya era —en su conjunto— *vox populi* y los expertos en derechos humanos ya conocían, o podían conocer, prácticamente todos sus contenidos. Además, en el informe aparecen varias limitaciones, algunas de ellas obvias y reconocidas por los mismos autores, como la premura del tiempo para recoger y analizar tal cantidad de hechos. No relata, pues, ni era ésa su intención, todas las violaciones a los derechos humanos cometidas en el país, sino que sólo trata de ilustrar con importantes ejemplos los patrones de conducta criminal en la década de los ochenta.

Y junto a esa limitación cuantitativa existen también otras limitaciones cualitativas. Hay autocensura, o por no tener certeza absoluta sobre algunos casos o por normales consideraciones políticas, en la mención de los nombres de civiles: miembros de la oligarquía, de escuadrones de la muerte, de los sucesivos gobiernos y del aparato de justicia, de la embajada y de diversas agencias del gobierno de Estados Unidos... También puede considerarse limitación el no haber deslindado con mayor precisión las responsabilidades del FMLN en cada uno de sus grupos. Y, por último, los expertos en derechos humanos hubieran deseado que el informe hubiese hecho avanzar la investigación técnica de algunos casos y no sólo hubiese recopilado y sistematizado información ya existente sobre ellos. El informe no es, pues, perfecto, y sin embargo, como decíamos, ha causado un impacto sin precedentes.

Las razones más obvias, aunque no las más profundas, pueden ser lo extremadamente inusual del hecho mismo de publicar un informe de esta naturaleza, la representatividad internacional y prestigio personal de sus autores, y una coyuntura favorable, pues los ojos de la comunidad internacional, incluido el nuevo gobierno de Estados Unidos, están puestos favorablemente en el informe y en la puesta en práctica de sus recomendaciones. Con todo, las razones más hondas son otras, y ellas son las que nos introducen en el significado del informe.

Vamos a comenzar el análisis con dos reflexiones de tipo filosófico, aunque sea muy brevemente, para que de ese modo se capte la radicalidad del significado global del informe. En primer lugar, es un hecho *antropológico* conocido que los seres humanos llegamos a profundizar en nuestro saber cuando lo tenemos que expresar en palabra. Al tener que “decirlo” llegamos a “saber” mejor lo que de alguna forma ya es conocido en nuestra mente. El tener que expresarlo es parte de la constitución de nuestro propio saber. Pues bien, algo de esto ha ocurrido, análogamente, con el informe. Cuando éste recoge datos, los sistematiza, analiza e interpreta, dice, por una parte, lo que ya sabíamos con anterioridad, pero el hecho de tener que verbalizar todo ello y de publicarlo ayuda a que lo sepamos mejor. Además, como los hechos que se relatan en el informe afectan muy directamente a la dimensión ética del ser humano, al decirlos públicamente todos quedamos existencialmente más concernidos y más exigidos a responder a la realidad.

En segundo lugar, es también reflexión conocida, digamos *metafísica*, que la misma realidad desea “tomar la palabra”, y eso es lo que ha ocurrido en el informe: después de largos años de estar oficialmente silenciada, ahora “la realidad salvadoreña ha tomado la palabra”. Según esto, el informe no debe ser interpretado sólo desde la subjetividad de quienes lo han posibilitado y producido, sino desde la objetividad de la realidad, lo cual le convierte en expresión de algo mucho más profundo: más allá de las intenciones personales y de la finalidad que hayan podido perseguir sus autores, la realidad oprimida logra, por fin, decir su palabra verdadera (los horrores que se narran) y logra pronunciar sus exigencias (las recomendaciones que se hacen). De esa forma, el informe ha llegado a convertirse en un signo y quasi-sacramento de nuestra realidad.

Hay que recalcar que en el informe ha tomado la palabra no una realidad cualquiera, sino una realidad secularmente oprimida y encubierta. El informe, en efecto, viene a decir que han mentido, es decir, des-miente prácticamente a todos los dirigentes oficiales. Recordemos que según la tesis

Desde un punto de vista cristiano, su redacción y publicación es buena noticia y momento de gracia.

oficial, aunque algunas pocas veces se la haya matizado, el FMLN ha sido presentado como un grupo criminal, subversivo, responsable de todos los males sin mezcla de bien alguno, mientras que la Fuerza Armada ha sido alabada como defensora de todos los bienes, casi sin mezcla de mal alguno: democracia, libertad, propiedad privada, religión, civilización... Así se han expresado los sucesivos presidentes (la junta de gobierno, Magaña, Duarte, Cristiani), los ministros de defensa (García, Vides Casanova, Larios, Ponce), los diversos presidentes de la Corte Suprema de Justicia, periódicos como *El Diario de Hoy*, y no lo olvidemos a los embajadores estadounidenses (Hinton, Pickering, Corr, Walker) y sus presidentes (Reagan y Bush). Todos ellos, conociendo bien la verdad de las cosas, han silenciado y, o encubierto crímenes según los casos y muchas veces han mentido paladinamente.

Pero ahora resulta que, según el informe, el FMLN no era tan malo, pues le atribuye sólo el 5 por ciento de las violaciones registradas y, en cualquier caso, queda claro que ni las torturas ni las masacres fueron prácticas suyas habituales, como lo fueron en el caso de la Fuerza Armada. Y resulta también, por supuesto, que monseñor Romero, monseñor Rivera, el padre Ellacuría, instituciones de derechos humanos, entre otras Tutela Legal del Arzobispado, en su día duramente atacada, por cierto, por los militares y la embajada estadounidense, los comités de madres de desaparecidos y reos políticos y, sobre todo, los campesinos que han dado testimonio de la represión, aun a riesgo de mayor represión, todo ellos tenían razón.

Lo que ha ocurrido es que el informe no sólo dice la verdad, sino que la dice en contra de la mentira impuesta, mentira oficial, masiva y mantenida. Una de las razones, pues, del gran impacto del informe es que muestra que la sociedad salvadoreña ha estado prácticamente del revés de como la han mostrado oficialmente. El informe subvierte una sociedad que en el discurso oficial ha sido presentada literalmente invertida¹, y por ello, el informe no es sólo honesto, sino subversivo, no sólo verdadero, sino desenmascarador, no sólo benéfi-

co, sino liberador. Es una auténtica victoria de la verdad en contra de la mentira. Y esto es lo que hace comprender su gran impacto y las variadas reacciones.

Por todo lo anterior, el informe se ha convertido en punto de referencia obligado de la historia del país, documento fundante, así lo esperamos, de un nuevo El Salvador. No tiene el valor legal de la Constitución, por supuesto, ni tiene el valor programático de los Acuerdos de Chapultepec, documento que debiera guiar la historia próxima del país, pero tiene una gran capacidad histórica y existencial, mayor que la que tiene la Constitución, para convertirse en piedra de toque, superar el pasado y, así, apuntar a los mínimos del futuro que son verdaderos máximos. Y bien harían los juristas y los legisladores en tenerlo presente al interpretar, aplicar o reformar la Constitución, pues del informe aprenderían al menos lo que no hay que tolerar ni menos propiciar.

El informe se ha convertido, pues, en un documento histórico, pero no sólo en el sentido descriptivo de "único", "excepcional", "irrepetible", sino en un sentido más preciso todavía, y más importante: es histórico porque genera historia. El texto del informe, en efecto, tiene esa capacidad, y ello explica las poderosas reacciones a favor, y también las reacciones en contra, más poderosas porque tienen más medios para expresarse: los denodados esfuerzos para desacreditarlo, ignorarlo, y que muera la muerte de mil discusiones, interpretaciones, retrasos en su cumplimiento... Lo que se pretende con todo esto es quitar al informe la capacidad que tiene, mayor que cualquier otro documento oficial, para generar historia e historia nueva en favor de las víctimas. Por esta razón, el informe debe ser conocido (leído) y reconocido como algo que pertenece esencialmente a nuestra historia; sin conocerlo, no nos conocemos. Pero debe ser también captado como algo que puede configurarnos de forma muy distinta. Por ello, no son mera sensiblería las palabras que se repiten estos días: "nadie debiera graduarse de secundaria o de la universidad sin haber leído el informe".

“El informe debe ser leído en familia”, como se hace, o se hacía, con la Biblia...

El informe es, pues, un texto importante, pero lo es porque es más que un texto. Se ha convertido en un símbolo de la verdad más honda del país y de la exigencia para romper con el pasado. Por ello tiene un doble peso, el peso del texto y el peso del símbolo. En cuanto texto, habla y conmueve al lector, en cuanto símbolo habla y conmueve a la totalidad del ser humano y de la sociedad.

Si queremos expresar todo lo dicho en palabra teológica, pudiéramos decir que el informe es, ante todo, una buena noticia para los pobres, no por los horrores que cuenta, obviamente, sino por el hecho de poner en palabra la realidad y de hacerlo en contra de la secular mentira de los opresores. Estos necesitan, por necesidad, del encubrimiento para oprimir al pobre, y, por ello, el descubrimiento de la verdad es siempre buena noticia, o, al menos, un principio de buena noticia, para los pobres. Y el informe es también buena noticia para los pobres por las recomendaciones que hace. Si ésta se cumplen, muchas cosas cambiarán en el país, y los más beneficiados serán los pobres por aquello de que la verdad está en su favor y cualquier recomendación basada en la verdad les favorece.

Esta buena noticia es también gracia, por lo que tiene de don y por lo que tiene de inesperado, de milagroso: “lo imposible se ha hecho posible”. Y es que hay que reconocer, al menos desde una perspectiva cristiana, que los seres humanos estamos esencial y transcendentamente inclinados a oprimir la verdad, posibilidad que Pablo convierte en necesidad práctica. Y si a esta inclinación transcendental se une la constatada proclividad histórica hacia la mentira en este país, entonces, la publicación del informe puede considerarse en verdad como milagro.

Digamos también que el informe es gracia “costosa”, no gracia “barata” contra la que clamaba Bonhoeffer. Lo ha hecho posible el trabajo denodado de muchos y sobre todo el sufrimiento increíble del pueblo y de los innumerables mártires y caídos, que es lo que objetivamente ha forzado a

que se escriba y publique. Por ello, lo único del informe que no quedaría bien recogido en el concepto teórico de “gracia” es lo que en la gracia hay, teológicamente hablando, de inmerecido, pues este informe lo tiene más que merecido el pueblo salvadoreño.

Para terminar ese apartado, no sería difícil encontrar palabras bíblicas que iluminasen lo que hemos dicho, pero tampoco es fácil encontrar una totalmente adecuada. Quizás pudiera serlo la siguiente: “el Señor desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos los dejó vacíos” (Lc 1, 51-53). Estas palabras del Magnificat expresan y recalcan muy bien lo que en el informe, con sus limitaciones, hay de esperanza para los pobres y, sobre todo, lo que hay de trastruque de valores, de subversión de una sociedad oficialmente invertida.

2. El pecado estructural: un pueblo crucificado

Segunda posición. El informe expone en directa la muerte y su ocultación, pero la relación entre ambas cosas se comprende a partir del dinamismo intrínseco de la maldad: escándalo y encubrimiento son correlativos. Ese dinamismo de la maldad debe sacudir a todos, aquí y en otros países.

Vayamos ahora al contenido del informe. Su lectura produce horror y es difícil leerlo de corrido. Muestra lo que los antiguos llamaban el *mysterium iniquitatis* por los hechos y por el grado de maldad que expresan, todo lo cual produce escalofríos. Y produce también indignación por la impunidad con que se cometieron y encubrieron, por la prepotencia con que han mentido los responsables del país y por la impotencia que se apodera del lector ante todo ello.

A continuación vamos a hacer unas breves reflexiones sobre este *mysterium iniquitatis* más específicamente sobre la injusta agresión a la vida y la injusta agresión a la verdad. Y para poner todo ello en palabra, recordando lo que decía Monseñor Romero e Ignacio Ellacuría, hablamos del *pueblo crucificado*. De eso, en efecto, es de lo

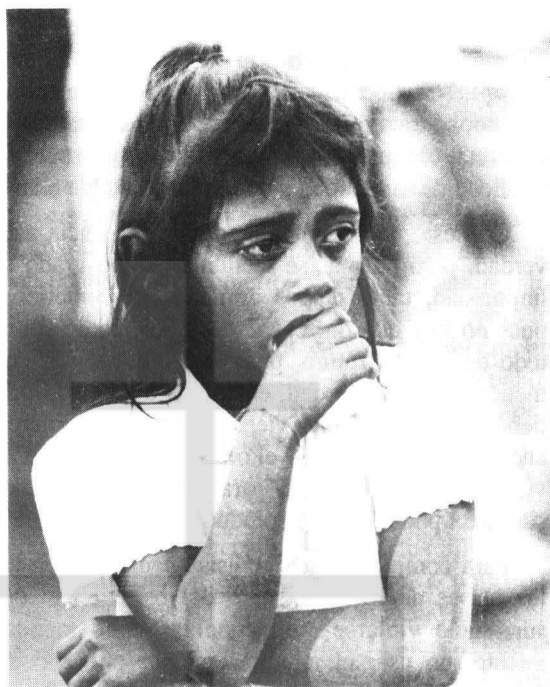
que habla el informe.

2.1. La violencia infligida contra la vida

El informe narra ante todo la espantosa aniquilación violenta de la vida y algunas de sus causas más importantes. No vamos a repetir ahora los horrores que relata, sino que queremos ofrecer un mínimo marco teológico interpretativo. En el análisis, nos referiremos a lo que dice el informe, pero también, más allá de él, a otras realidades bien conocidas. Pues bien, para comprender a fondo el informe, y hacerlo de forma comprensible, comencemos recordando la atinada intuición del Nuevo Testamento: "la raíz de todos los males es la ambición del dinero" (1Tim 6, 10). Esta ambición es la que exige, para aumentar o mantener lo conseguido, la violencia contra la vida, y ambas cosas exigen el encubrimiento. Cierto es que el informe se centra en la violencia y su encubrimiento más que en la ambición del dinero, pero para interpretarlo bien hay que partir de ahí. En lenguaje sencillo cristiano, y de muchas otras religiones y culturas, en la realidad salvadoreña sale a luz esta dinámica de la iniquidad, y ésta queda bien expresada en la violación de los mandamientos de la ley de Dios, y según un patrón bien preciso.

Todo comienza, en efecto, con la violación del séptimo mandamiento. En nuestro país, los graves males del presente comenzaron hace un siglo con la depredación de los medios de subsistencia de las mayorías, el acaparamiento de tierras. Con leyes o sin ellas que legalizasen el expolio, ahí empezó la violación del séptimo mandamiento, no robar. Después, para poder mantener ese estado de depredación e incluso aumentarla, la oligarquía puso a su servicio a la Fuerza Armada, a los cuerpos de seguridad, a los paramilitares y a los escuadrones de la muerte, cuyas acciones es lo que centralmente narra el informe: la violación del quinto mandamiento, no matar. Y para encubrir ambas cosas cuando llegan a ser inocultables, se lleva a cabo el encubrimiento, es decir, la violación del octavo mandamiento, no mentir.

La tesis central que queremos asentar es que *escándalo y encubrimiento son correlativos*. Lo son, sin duda, históricamente, y se puede llegar a



comprender esa relación también transcendentalmente, en base a la naturaleza misma de las cosas. En cualquier caso, para analizar nuestra realidad histórica es importante tener presente que si hay escándalo, se genera por necesidad el dinamismo hacia el encubrimiento, y a la inversa, si y en la medida en que hay encubrimiento es que ha habido escándalo. De la magnitud del encubrimiento se podrá colegir la magnitud del escándalo. De esta forma se relaciona la violación del séptimo y del quinto mandamiento y la violación del octavo mandamiento.

Y llamamos violación del octavo mandamiento al encubrimiento, porque ésta es la forma más habitual y más grave que adopta la mentira social. Es la más habitual, pues el encubrimiento es llevado a cabo constante y periódicamente por los medios de comunicación, como, en forma notable, lo hace *El Diario de Hoy*, por las declaraciones de los gobernantes, de la Fuerza Armada, del aparato de justicia, de la embajada de Estados Unidos... Y es la más grave, pues no se trata de encubrir cualquier cosa, sino la opresión y la represión, la injusta depredación y el asesinato. En otras palabras, se trata de ocultar la muerte lenta de la injusta

pobreza a la que se somete a las mayorías y la muerte rápida y violenta a la que se somete a quienes quieren liberarse de aquella. En el encubrimiento, se trata, pues, no de una u otra mentira —concreta, categorial—, sino de la mentira sobre la totalidad de la realidad y de lo más grave de ella.

Con este encubrimiento se hace violencia a la verdad, pero además se facilita en sumo grado la impunidad, tanto de los crímenes ya cometidos, pues no hay que dar cuenta de ellos, como sobre todo de los del futuro, pues se facilita seguir cometidos. La verdad, entendida aquí en lo que tiene de defensa de las víctimas, es lo que quieren encubrir los verdugos, y el octavo mandamiento se viola, entonces, no sólo para encubrir el pasado, sino para poder seguir reproduciéndolo.

Para completar este análisis añadamos que en los países americanos, tanto del norte como del sur, suele violarse también el segundo mandamiento, no usar el nombre de Dios en vano. A diferencia de los secularizados europeos quienes, no por ello dejan de tener de alguna forma el mismo problema y la misma responsabilidad histórica fundamental, aquí entre nosotros con gran frecuencia los discursos oficiales, altamente encubridores, suelen terminar invocando la bendición de Dios. Así, en nuestro país, no sabemos si por mimetismo hacia los presidentes de Estados Unidos, los presidentes salvadoreños suelen terminar sus discursos con un "Dios les bendiga", cuando la bendición que esperan los salvadoreños es muy otra: que los presidentes "digan bien" (eso significa "ben-decir"), que digan la verdad y que no encubran. Muy recientemente, con ocasión de la publicación del informe, también el Ministro de Defensa —bien mentado en él— concluyó su aparición en televisión, rodeado de generales y coroneles, con un "Dios los bendiga", aparición en la que, en lugar de pedir humildemente perdón al país, arremetió contra el informe. Y algo semejante habría que decir de la apelación a sólo Dios, sin que, al parecer, ningún ser humano pudiera pedirle cuentas, del presidente de la Corte Suprema de Justicia: "sólo Dios podrá apartarme del cargo". De esta forma, no sólo se cae en el encubrimiento, sino en la perversión de lo religioso, usándolo no ya para encubrir, es decir, para que no se conozca

la verdad de las cosas, sino para bendecir, es decir, para hacer pasar por bueno lo que no lo es.

Lo que ocurre de hecho, y de esta forma se cierra el ciclo, es que la violación del séptimo mandamiento es, a la vez, la forma más habitual y más radical de violar el primero de todos: "no tendrán otro Dios más que a mí. No adorarán dioses rivales" (Dt 5, 7s). Y Jesús dejará muy claro quiénes son esos dioses "rivales": "nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro. No pueden servir a Dios y al dinero" (Mt 6, 24). Acumular riquezas hasta el expolio es la violación, a la vez, del séptimo y del primer mandamiento de la ley de Dios².

Este es el *dinamismo del pecado en nuestro país*. El informe, en el lenguaje usado, se concentra en denunciar la violación del quinto mandamiento y, en buena medida, también del octavo. No analiza, ni es ésa su finalidad, la violación fundante y originante de todas las demás: no depredar, ni la sacralización de todas esas violaciones: no usar el nombre de Dios en vano. Pero aunque el informe no lo haga, algo deja traslucir. Al hablar de los escuadrones de la muerte hace mención de civiles, residentes en Miami por cierto, al servicio de intereses que no serían primariamente militares. Pero más allá de eso, en la presentación de la cronología de la violencia queda claro que la violencia del FMLN, denunciada y condenable, por supuesto, cuando ha significado violación de los derechos humanos, fue violencia de respuesta, y en su origen formalmente fue respuesta no tanto a la violencia armada, sino a la violencia de la injusticia.

Para completar el cuadro hay que tener también en cuenta que todas esas violaciones a los mandamientos ocurren como por necesidad. El informe no se decide por una explicación teórica *estructural* del origen de la violencia, pero constata que hay "*patrones de conducta criminal*", "*prácticas atroces sistematizadas*", "*impunidad genérica e institucionalizada*"... No se pronuncia contra la institución (en este caso, la institución armada, de cualquier bando), pero la constatación masiva de reiteradas conductas criminales muestra que en su origen no está sólo una voluntad individual, sino que existen poderosas causas tras esas prácticas.

Y más allá del informe, esa masividad y reiteración, y sobre todo su quasi-necesidad históricamente experimentada, muestran que sí existen raíces estructurales, más hondas por cierto que las institucionales, pues aquéllas son las que generan no sólo comportamientos individuales, sino comportamientos institucionales a su servicio. En nuestro lenguaje, es evidente que en nuestro país la oligarquía económica y también la militar han sido *estructuralmente* violentas. Lo primero ya lo dijo Medellín al llamar a las estructuras (socio-económicas) injustas *violencia institucionalizada*. El informe y la realidad exigen, además, hablar de la institucionalización de la violencia por parte de las fuerzas armadas y, para encubrir ambas cosas, de *mentira institucionalizada*.

Para terminar queremos recalcar que el análisis de los males históricos desde la perspectiva de los "mandamientos de la ley de Dios" no significa en absoluto alejarse de lo histórico-social y adentrarse en lo religioso-individual. Y eso es así porque los mandamientos siempre fueron promulgados precisamente para la *constitución y buen funcionamiento de un pueblo*, en este caso del pueblo de Israel. El hombre religioso, al relacionarlos con Dios, añade la ulúmidad con que hay que ponerlos en práctica, pero sus contenidos son claramente perceptibles como útiles y necesarios por cualquiera. En la actualidad, y dada la complejidad de la vida social, los mandamientos de la ley de Dios no son *suficientes*, obviamente, para poder organizarla, pero son absolutamente *necesarios* para vivir con un mínimo de dignidad.

2.2. La violencia infligida contra la verdad

Lo más espantoso del informe es, sin duda, la muerte masiva y cruel infligida injustamente. Pero, como ya lo hemos dicho, para encubrir la violencia a la vida ha sido necesario hacer violencia a la verdad, y eso también lo muestra de alguna forma el informe³. Si a ello se añade lo ocurrido en esos doce años —de conocimiento público, aunque no haya quedado incluido en el informe—, entonces resulta que la violación de la verdad ha ocurrido también masivamente, de forma institucional y con necesidad estructural a través del discurso oficial y a través de los medios de

comunicación. Veámoslo, resumidamente.

El informe repite que, en su conjunto, los responsables del gobierno no han averiguado lo que debían ni han investigado seriamente lo que otras instituciones han denunciado. Y no sólo eso, sino que con frecuencia el ejecutivo, la Fuerza Armada, el aparato de justicia, la embajada estadounidense, han ocultado y encubierto la verdad, y han mentido y mantenido públicamente su mentira, como lo muestra ejemplarmente el caso del Ministro de Defensa, quien durante tres años ha negado públicamente que él y el alto mando tuvieran nada que ver con los asesinatos de la UCA.

Con prepotencia y descaro el discurso oficial ha atacado a cualquiera que disintiese de la versión oficial de los hechos, fuesen éstos religiosos, como el arzobispo Monseñor Rivera, o políticos, como el congresista Moakley. Con gran frecuencia ese discurso no sólo ha desviado la atención de la verdad de los hechos o mentido sobre ellos, sino que los ha tergiversado de tal manera que las víctimas (campesinos, miembros de movimientos populares y movimientos cristianos, o del FMLN, según los casos) pasaban a ser y eran presentados como los verdugos. Los blancos físicos del terrorismo, imprentas, radios, locales de sindicatos, templos, instituciones de derechos humanos, la UCA, y víctimas como Monseñor Romero, Herbert Anaya, el padre Ellacuría, pasaban a ser y eran presentados como los inspiradores del terrorismo. De ahí que la recomendación del informe de devolver honorabilidad a las víctimas esté totalmente justificada, pero hay que caer en la cuenta de lo difícil que es ponerla en práctica, pues supone, como en todo esto, no sólo empezar a hacer lo que no se ha hecho, sino hacer lo contrario de lo que se ha hecho. En breves palabras, que el sistema oficial devuelva honorabilidad a las víctimas es, a la vez, un acto de autoincriminación.

Este poderoso dinamismo en contra de la verdad, hecho de desidia, ocultamiento, encubrimiento, tergiversación hasta la infamia es lo que ha posibilitado el horror descrito en el informe y lo que explica también por qué el aparato de justicia no actuó: o por coincidir sus miembros en los mismos intereses o por puro terror a convertirse ellos mismos en víctimas del aparato oficial, dada

su total intransigencia hacia la verdad y la justicia.

El resultado global de este dinamismo del mal es lo que en 1979 Monseñor Romero llegó a describir como "el imperio del infierno". Y la explicación, en el lenguaje cristiano de Juan, es que el maligno es a la vez asesino y mentiroso.

2.3. Un informe para todos y en el que todos se deben leer

Para terminar este apartado, queremos recalcar que el informe debiera ser leído por todos, sobre todo en el primer mundo, y no sólo por los salvadoreños. Esto no significa, por supuesto, que todo el mundo tenga que leer sólo ni necesariamente este informe, pero sí que sería bueno leer éste o cualquier otro, el de Guatemala o Haití el día que se publiquen, que saque a luz las aberraciones en el tercer mundo. De lo que se trata es que, ante tales aberraciones acaecidas en la familia humana y producidas por miembros de la familia humana, todos nos preguntemos por nuestra responsabilidad, por acción o por omisión, en esos hechos.

Aquí en El Salvador se lo deben preguntar los responsables directos o indirectos que aparecen en el informe, pero también los no mentados, como son la oligarquía, los medios de comunicación, muchos gremios profesionales, y, aunque no sea más que por posibles o reales omisiones, se lo deben preguntar las universidades, los sindicatos, los religiosos, los colegios, las iglesias⁴.

Y también hay que hacerse esta pregunta fuera de El Salvador, y ello por tres razones. La primera es por la obvia y directa responsabilidad extranjera, mayor o menor, en los hechos. La segunda, para que los países del norte no tranquilicen precipitadamente su conciencia, alegrándose, sí, de que se diga ahora la verdad, pero descargando la culpabilidad del horror sólo en los salvadoreños, como si nada tuvieran que ver con ello las exigencias geopolíticas en propio provecho, las políticas económicas y las militares, por no mencionar el lucrativo negocio de la venta de armas. Y la tercera es

para que más allá de discusiones políticas sobre la democracia o el socialismo caído o la nueva Europa, de discusiones filosóficas sobre modernidad o postmodernidad, de discusiones eclesásticas en favor o en contra del nuevo catecismo por ejemplo, de esta forma, y probablemente sólo de esta forma, el primer mundo llegue a conocerse en su verdad fundamental. Es fácil aceptar, teóricamente, las brillantes palabras del padre Ellacuría: "el primer mundo se verá, como en un espejo invertido, al mirar lo que produce en el tercero", pero no es tan fácil hacerlo en lo concreto. La lectura de este informe ofrecer una oportunidad muy especial.

Esto es especialmente importante en Estados Unidos y por ello lo vamos a analizar un poco más en detalle. Las sucesivas administraciones estadounidenses, en efecto, son directamente responsables de mucho de lo que narra el informe. La ayuda financiera al gobierno salvadoreño (el famoso millón de dólares diario), la ayuda diplomática (la presión ejercida sobre gobiernos latinoamericanos y europeos) y la ayuda militar (entrenamiento en Estados Unidos de batallones élite, como el Atlacatl responsable de la masacre de El Mozote y de los asesinatos de la UCA, los asesores militares en el país) han sido fundamentales, directa o indirectamente, para que se hayan podido llevar a cabo los horrores que narra el informe.

Pero además de la responsabilidad directa en la violencia contra la vida, los gobiernos de Reagan y Bush son responsables también de un vergonzoso *cover up* y de una descarada violencia contra la verdad, lo cual ya es espantoso en sí mismo, pero ha supuesto además un positivo aliento para el encubrimiento y la mentira aquí en el país. "Si ellos, demócratas por excelencia, mienten de esta manera, ¿por qué no nosotros?", sería la lógica local. Recordemos, por ello y por su ejemplaridad, las reacciones oficiales estadounidenses hacia algunos de los crímenes relatados en el informe.

El 2 de diciembre de 1980 fueron asesinadas cuatro misioneras norteamericanas, y esto es lo que el 18 de marzo de 1981 dijo el entonces secre-

El informe no sólo dice la verdad, sino que la dice en contra de la mentira impuesta, mentira oficial, masiva y mantenida.

tario de estado Alexander Haig ante el comité de asuntos exteriores del congreso: "al parecer, el vehículo en que se conducían las religiosas pudo haberse saltado un alto accidentalmente".

El 10 de diciembre de 1981, el batallón Atlacatl llevó a cabo la masacre de El Mozote en la que, de acuerdo al informe, centenares de personas fueron "ejecutados sistemática y deliberadamente". La masacre fue dada a conocer por el *New York Times* y el *Washington Post*, el 27 de enero de 1982, y el 8 de febrero éstas fueron las reacciones oficiales. Thomas Enders, asistente del secretario de Estado para asuntos latinoamericanos, dijo ante el comité de relaciones exteriores del Congreso, que, aunque hay evidencias de una confrontación militar entre fuerzas del gobierno y de la guerrilla, "no se ha podido encontrar ninguna evidencia que confirme que fuerzas del gobierno hubiesen masacrado sistemáticamente a la población civil". Y Elliott Abrams, asistente del secretario para derechos humanos, dijo ante el mismo comité que "al parecer fue un incidente del que lo menos que puede decirse es que está siendo manipulado por la guerrilla".

El 16 de noviembre de 1989, el batallón Atlacatl asesinó a seis jesuitas y dos empleadas de la UCA. El embajador de Estados Unidos, en una conferencia de prensa en el mismo mes de noviembre, sólo tuvo estas palabras como comentario. "Estamos en guerra. Esto es lucha, muerte... Creo que el presidente Cristiani se encuentra asediado por todos lados... Creo que están ocurriendo algunas cosas que él preferiría que no ocurrieran".

Así se han expresado altos funcionarios, por poner algunos ejemplos, para ocultar barbaries que sus gobiernos han estado financiando. Y ello para desprestigiar otras versiones que ya apuntaban a la verdad. Ahora, con las revelaciones que hace el informe, y bajo un nuevo gobierno demócrata, algunos están reconociendo la grave responsabilidad de su gobierno en el pasado. Así lo ha expresado el congresista R. G. Torricelli en palabras pronunciadas el recién pasado

16 de marzo ante un subcomité del Congreso, de las que citamos largamente porque vienen a confirmar todo lo que ante hemos dicho sobre la mentira y el encubrimiento:

Como miembro del Congreso no puedo menos de estar preocupado por la implicación de Estados Unidos en estos trágicos acontecimientos. Mientras ocurrían algunas de las más graves violaciones a los derechos humanos, el gobierno de Reagan certificaba que en El Salvador se estaban haciendo progresos por lo que toca a los derechos humanos y suministraba abundante ayuda financiera a esas mismas fuerzas a las que la Comisión de la verdad ha identificado como responsables principales de "la gran mayoría de los abusos".

Sabemos ahora lo que ya entonces muchos de nosotros sospechábamos. Aquellas certificaciones no tenían credibilidad. En lugar de usarlas como se había planificado, es decir, para ejercer presión sobre el gobierno de El Salvador, el gobierno de Reagan las usó para quitar esa presión al negar que continuaban los abusos. El Congreso proporcionó instrumentos al gobierno para prevenir y oponerse a esos abusos. Pero el gobierno de Reagan, trágicamente, prefirió verlo todo desde el prisma de la causa anticomunista y, así, pudo justificar estos abusos.



Al terminar este apartado queremos recordar las conocidas palabras del padre Ellacuría. Crucificados están, en verdad, los pueblos, como dice el informe. Lo que debemos preguntarnos arrodillados ante ellos es "qué hemos hecho para que estén crucificados y qué vamos a hacer para bajarlos de la cruz".

3. La gracia estructural: la tradición de la verdad

Tercer proposición. En El Salvador existe, desde hace tiempo, una poderosa tradición de denuncia y de verdad. Esa tradición es la que ha forzado a escribir y publicar el informe de la Comisión de la verdad. Ello hace que el autor más verdadero del informe sea el pueblo salvadoreño.

El contenido del informe es expresión de gravísimo pecado, pero el hecho de que se haya escrito y haya sido publicado es expresión de algo bueno y positivo, y para valorarlo adecuadamente es muy útil preguntarse quién es el verdadero autor del informe. Indudablemente, para su redacción y publicación ha sido muy importante el que lo hayan acordado las dos partes en conflicto. Importante ha sido también el trabajo de los tres comisionados y su equipo, más la presión internacional. Sin embargo, no son ellos los autores principales del informe. El autor principal, dicho, aquí, sin ninguna retórica, es el *pueblo salvadoreño*. Y la razón para esta afirmación es que este pueblo, en su conjunto, es el que ha generado una tradición de denuncia y de verdad.

3.1. Las raíces de la tradición de denuncia y de verdad

Para mostrar esto comencemos constatando que en otros lugares se han dado aberraciones semejantes a las de El Salvador, pero ello no ha generado una tradición de denuncia y de verdad como la salvadoreña. Por concentrarlo en lo que más conmoción ha causado, recordemos que muchos sacerdotes y por supuesto miles de indígenas, obreros y campesinos, han sido asesinados en todo el continente, pero el grito de sus muertes muchas veces no ha sido recogido con decisión por los que les han sobrevivido. Y cuando eso ocurre, entonces, esos gritos pueden permanecer tristemente es-

térriles⁵. En este sentido y hablando análogamente, pretender que las muertes de las víctimas sean lo más pacíficas y placenteras, y lo menos dolorosas y conflictivas posible para quienes les sobreviven, una especie de "eutanasia" para los supervivientes, no es muerte cristiana y no produce fruto.

En El Salvador, sin embargo, ha existido la convicción de que la verdad y la denuncia, aunque conlleven graves riesgos y a corto plazo sean sumamente conflictivas, a la larga son cosa buena y fructífera. Y así, los clamores de muerte, lejos de caer en el silencio, han sido recogidos y lanzados públicamente. Y aunque eso, a su vez, haya costado mucha sangre, ha producido un gran bien: generar una tradición de la palabra, una tradición de denuncia y de verdad que continúa hasta el día de hoy. El pueblo salvadoreño, educado a hablar, insignemente por Monseñor Romero, ha hablado y mantiene su palabra hasta el día de hoy, y por ello no es demagógica la afirmación de que él es el verdadero autor del informe. Para convencernos de ello baste recordar cómo se ha ido constituyendo a lo largo de los años esta tradición de la verdad.

Por hacerlo de alguna forma gráfica, recordemos que en El Salvador desde los años setenta se han sucedido lo que podemos llamar ciclos de denuncia profética, que los vamos a tipificar alrededor de algunos sacerdotes mártires. El primero fue el ciclo de Rutilio Grande, quien recogió la herencia de denuncia y de verdad de Mons. Luis Chávez y la potenció. Así, ya en 1970 denunció públicamente y solemnemente la injusticia en el país en su homilía del 6 de agosto, y el 17 de febrero de 1977 culminó su denuncia y su verdad, en la homilía de Apopa. El segundo fue el ciclo de Monseñor Romero, el más preclaro y conocido, que no necesita comentario. El tercero fue el ciclo del padre Ellacuría, a través de sus escritos y sobre todo de su presencia en televisión. Pero lo más importante es recalcar que su asesinato en 1989, junto a los de tantos otros, no acabó en modo alguno con la tradición de denuncia y de verdad, sino que ésta ha continuado hasta nuestros días.

Hemos bautizado estos ciclos de denuncia y de verdad con nombres de sacerdotes mártires por lo notorio de sus asesinatos, pero ellos, en un país religioso, no son más que los símbolos más cono-

cidos y preclaros de una tradición mucho más amplia. Recordemos las instituciones de derechos humanos y sus portavoces, María Julia Hernández entre los vivos, Marianella García y Herbert Anaya entre los mártires, los periodistas nacionales y extranjeros, las publicaciones de la UCA, de la Universidad Nacional, las manifestaciones de las organizaciones populares, de las comunidades de base, de sindicatos... Recordemos la palabra pública y mantenida de los familiares, madres, esposas, hijas, hermanas de presos y desaparecidos, quienes, por cierto, salieron con su palabra a la calle, las primeras, en los años más peligrosos de los ochenta. Y recordemos, por último, la palabra más clamorosa, la realidad sangrante de las mismas víctimas: "la sangre derramada, siempre clama a Dios", decía Monseñor Romero. En resumen, como decía el mismo Monseñor Romero, a él especialmente, pero también a otros, le tocó ser "voz de los sin voz". Lo que ocurrió es que, además de ser él mismo voz, Monseñor dio voz al pueblo y le enseñó y animó a tener voz. "La palabra queda", solía decir, y eso se ha cumplido cabalmente hasta el día de hoy.

Este cúmulo de personas e instituciones, más la lucha de los movimientos populares y religiosos, son las que han conseguido que hasta el día de hoy en el país se diga la verdad. Ellos son también los que han obligado a las instancias oficiales a tenerla que decir, aunque éstas lo hagan cicateramente, como a regañadientes, cuando ya no tienen otra salida. La tradición de la verdad no es, pues, un regalo que desde arriba se ha hecho a los de abajo, sino una verdadera conquista. En este sentido, el que las instancias oficiales hayan tenido que tolerar que se escriba y publique el informe muestra que existe una fuerza mayor y contraria a esas instancias. Esa fuerza es la tradición de la verdad.

Si nos preguntamos ahora por qué la insistencia en denunciar y en decir la verdad, la respuesta es doble. Por una parte, por honradez con la realidad y con el evangelio: no se puede ser salvadoreño y cristiano sin ejercer de alguna forma la profecía, ciertamente en países como éste. Pero, por otra, por misericordia, por amor hacia las víctimas. Y es que la verdad está en favor de los po-

bres. Lo está porque la verdad hace pública e inocultable su realidad de miseria, las causas, personas e instituciones, que la originan. Esa verdad, cuando llega a ser conocida, tiene en sí misma la capacidad de mover a misericordia y solidaridad. La verdad es, también, la que *sub specie contrarii* apunta la dirección que debe tomar una sociedad justa en la que puedan vivir. Y la verdad, por último, es lo que, al menos, les devuelve honorabilidad y dignidad, al mostrar que no son delincuentes ni subversivos, sino víctimas muchas veces inocentes e indefensas. La tradición de la verdad que existe en El Salvador es, pues, a la vez, una tradición de honradez y una tradición de misericordia.

Esto explica que en unas mismas personas e instituciones suelen coincidir amor y verdad insignes, y que por ello han sido perseguidas y martirizadas esas personas e instituciones. La gente sencilla suele resumir quién fue Monseñor Romero en estas palabras: "dijo la verdad, nos defendió a nosotros de pobres, y por eso lo mataron", con lo cual expresan la simultaneidad de amor y verdad. Y desde ahí también expresaban lo que más les había impresionado del padre Ellacuría: "nadie ha hablado como él desde que mataron a Monseñor". Decir la verdad en este país es, pues, una importante forma de expresar amor a la gente. Y en la coyuntura actual, el *decir* la verdad, no el *olvidarla*, es absolutamente necesario para la construcción de un nuevo país.

3.2. Las corrientes positivas de la historia

Los mártires, sobre todo, los conocidos y los miles de desconocidos, cuyos nombres aparecen ahora en un anexo del informe, son los que han construido la tradición de la verdad, tradición objetiva y real, los que han cavado un surco cuasifísico en la historia salvadoreña, en la que nos podemos introducir y caminar "más fácilmente" diciendo la verdad, y por ello hablamos en el acápite de gracia "estructural". Eso explica también que en los últimos meses, muchos campesinos, en cuanto les han dado un mínimo de facilidades, han ido por miles a la Comisión de la verdad a denunciar los atropellos que han sufrido.

Esa tradición de la verdad, hecha por muchos,

Expone en directo la muerte y su ocultación, pero la relación entre ambas cosas se comprende a partir del dinamismo intrínseco de la maldad: escándalo y encubrimiento son correlativos.

vive ahora por sí misma. No desapareció, como comprensiblemente hubiera podido suceder, con el asesinato de Rutilio, ni de Monseñor Romero, ni de Ellacuría, ni de tantos otros, y por eso hemos insistido en que se da una *sucesión* de ciclos de denuncia y de verdad. El fin de un ciclo no ha supuesto el fin de la tradición, y las muertes de sus máximos símbolos no la han debilitado, sino que la han fortalecido. Puede desaparecer, por supuesto, e intentarán dejar mudo al pueblo, pero, ahora, esa tradición todavía empuja y anima por sí misma.

Y añadamos que la tradición de la verdad es sólo un ejemplo, aunque muy importante, de un conjunto de tradiciones que ha generado el pueblo salvadoreño en estos últimos años: la tradición de misericordia, de lucha por la justicia, de celebración, de martirio, de solidaridad... Indudablemente, no todos los salvadoreños, ni mucho menos, participan activamente de estas tradiciones y en las urnas gana todavía ARENA; pero sí hay muchos que se mueven por esas tradiciones, y, en cualquier caso, ahí están los surcos cavados en este país, que mueven, invitan a y facilitan recorrer los caminos de verdad, de honradez, de misericordia, de justicia, de celebración, de solidaridad y de entrega generosa.

Dicho esto en lenguaje cristiano, allí donde hay muertes como la de Jesús por defender a las víctimas de este mundo, y muerte con un gran grito, allí puede haber experiencia de resurrección si es que hay un pueblo que recoge ese grito y se decide a continuar la obra de Jesús. Eso es lo que ha ocurrido en muy buena medida en el país, y eso es lo que nos ha llegado hasta el día de hoy, aunque eso es también lo más fundamental que nos querrán arrebatar. Pero ahí están. Lo que antes llamábamos corrientes positivas, nuevos surcos objetivos en la historia, son formas de vivir la resurrección ya en la historia.

4. ¿Un pueblo burlado?

Cuarta proposición. Los poderosos de siempre quieren anular la verdad expuesta en el informe y evitar que se cumplan sus recomendaciones. Para ello están propiciando una cultura del "olvido" que ignore la responsabilidad y están generando una cultura de la "inevitabilidad" que pase por alto el desencanto.

El informe ha generado una serie de reacciones encontradas que ponen al proceso en una dirección todavía abierta, de gracia y de pecado. Empecemos por esto último.

4.1. La irresponsabilidad y la cultura del olvido

Después de la publicación del informe, el discurso oficial intenta hacer olvidar no sólo la realidad del pasado, sino el informe presente y, más específicamente, las recomendaciones, y quiere salir del difícil trance de hacer olvidar el pasado con el mínimo daño posible, todo lo cual lo hace no sólo defendiéndose, sino, con la prepotencia acostumbrada, pasando al ataque. En otras palabras, el discurso oficial, en lugar de usar el informe como principio de sanación, lo quiere desnaturalizar bajo el *slogan* de "perdón y olvido", en el que lo que ciertamente está claro es lo del olvido, pero sin ningún tipo de petición de perdón. Veámoslo.

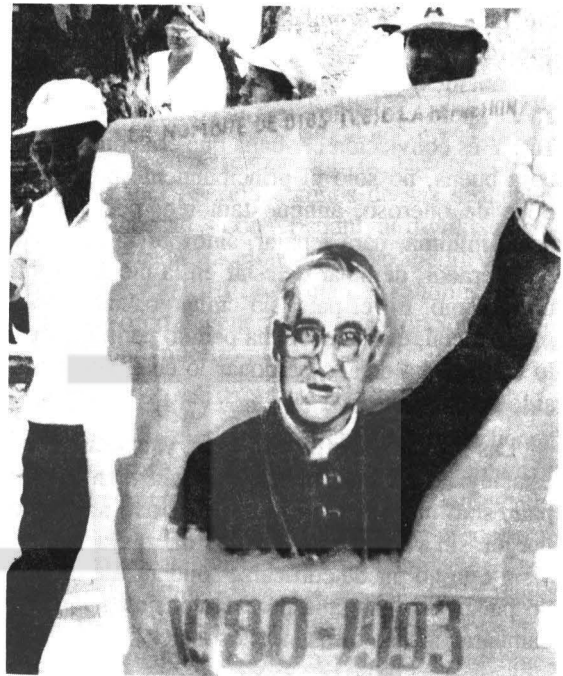
Muestras importantes de que los poderosos de siempre quisieran *anular* el informe, hacer como si no existiese, son la actitud de los altos militares y miembros de la Corte Suprema quienes se rasgan las vestiduras y lo atacan de todas las formas posibles. Dicen que es inconstitucional, nocivo para la reconciliación nacional, destinado a erradicar la existencia de la Fuerza Armada, atentatorio contra la soberanía nacional, como si ésta estuviese por encima del bien de la familia humana; intervencionista, como si se les hubiera olvidado que han vivido y actuado con dinero ex-

tranjero estadounidense, para realizar, por cierto, muchas de las actividades denunciadas en el informe. Como ejemplo de todo ello, valgan las palabras del presidente de la Corte Suprema de Justicia: "la creación de la Comisión de la verdad no sólo fue un error, fue una estupidez".

Pero el ataque más eficaz y peligroso contra el informe nos parece que ha sido el del presidente Cristiani, pues lo quiere minimizar no con la burda combatividad de los otros, sino con aparente dignidad y sensatez política⁶. No puede ignorarlo ni desacreditarlo como los anteriores, pero le quiere negar toda realidad eficaz para transformar la sociedad. Y eso es lo que hizo al pedir una amnistía para todos los que en él salieran mencionados, aun antes de que el informe fuera conocido; amnistía que fue aprobada vergonzosamente por mayoría simple en la asamblea, y amnistía que, para colmo de males, no se va a poder aplicar a todos por igual, pues los responsables de haber asesinado a los asesores militares estadounidenses, miembros del FMLN, no pueden acogerse a ella.

El presidente Cristiani afirma que esa amnistía es un bien para el país, y la equipara a los bienes del perdón cristiano. Pero no ha mostrado, y ni siquiera lo ha intentado, cómo ese tipo de perdón legal, la amnistía concedida, expresa de alguna forma el perdón real, lo cual sí es un bien social. La amnistía nos parece, pues, más peligrosa que los ataques anteriores pues *desvirtúa* por principio las posibilidades y beneficios sociales del informe.

Por ello hay que recordar, en contra de la opinión del presidente, que ni el olvido pedido ni el denostado recuerdo son en sí mismos buenos o malos, sino que lo serán según se usen. Recordar para vengarse, por ejemplo, para atesorar amargura, para mantener la intransigencia o exacerbar los ánimos, no es un bien personal ni es, en estos momentos, un bien social. Pero olvidar lo ocurrido, sobre todo cuando no han desaparecido eficazmente sus causas es un grave mal social, como lo han recordado voces autorizadas. "Vemos que tantas heridas no podrán curarse ignorándolas. Al contrario, nos parece que esas llagas deben descubrirse, por más que apesten. Luego hay que proceder a limpiarlas cuidadosamente para que cicatricen bien y nunca más vuelvan a infectarse", dijo



Monseñor Rivera. "Las Escrituras dicen que 'la verdad nos hará libres'. Los salvadoreños sólo podrán dejar atrás el pasado una vez que la verdad sobre el pasado haya salido a la luz", dijo Boutros Ghali.

El problema no es *olvidar* el pasado, sino *romper* con él. Y para esto no ayuda en nada esta amnistía, pues en sí misma es, más bien, un típico acto del pasado: se hace bajo presión de los militares y en favor, sustancialmente, de los militares. Desde un punto de vista *histórico* la amnistía es, pues, nociva.

Lo es también desde un punto de vista *antropológico y social*. Este país necesita reconciliación, ciertamente, pero lo formalmente humanizante de la reconciliación no está en la anulación o disminución de un justo castigo, sino en la oferta y aceptación del mutuo perdón. Aquello podrá ser una consecuencia del perdón, pero no es lo que en directo humaniza a la sociedad. Por ello el haber antepuesto al perdón y la acogida el salir con bien de un posible castigo no es un bien, sino una grave mal social.

Y tampoco es un bien desde el punto de vista *cristiano*, aunque el presidente apele al cristianis-

mo para que la amnistía sea bien recibida. Hay que recordar, en efecto, que el perdón se otorga cristianamente con generosidad, sí, y por ello es bueno, pero eso ocurre tras la confesión del pecador. Y es convicción cristiana que esa confesión es cosa buena, no sólo ni principalmente por lo que tiene de oneroso, aunque también, pues es una pena, mínima, para reparar, sino por lo que tiene de liberador, de dejar de estar en la mentira sobre uno mismo. En el país, sin embargo, nadie de la parte oficial, que se sepa, ha pedido perdón, ni por lo tanto se ha dejado perdonar lo cual, por cierto, sí lo ha hecho el FMLN.

Las reacciones oficiales, pues, y especialmente esta ley de amnistía no son ningún bien para el país, sino un positivo mal. Esto es así, ante todo, porque sin verdad es imposible que haya justicia, y sin ésta no puede edificarse sólidamente un nuevo país. Pero más allá de esta consideración fundamental, se dan otros muchos males.

En primer lugar está el hecho fundamental de que la amnistía ha sido pensada para aplacar a los militares, "los perdonados de siempre", como dice Mario Benedetti, entonando una larga letanía. En efecto, por poner un primer ejemplo de Estados Unidos, el responsable de la matanza de My Lai, en Vietnam, 1968, sólo pasó en prisión cuatro meses de una condena que al principio era de cadena perpetua. Y en América Latina, los ejemplos se multiplican en Chile, Uruguay, Brasil... Y es importante recalcar el que sean "los de siempre" porque muestra que el problema es eficazmente estructural, pero también porque muestra que esta amnistía tiene de todo menos de creatividad y de novedad, con lo cual en ningún sentido es un primer paso para el nuevo El Salvador, sino una expresión más, arbitraria e injusta, de El Salvador de siempre: salen ganando los de siempre.

En segundo lugar, la amnistía significa una oportunidad perdida para expresar la necesaria reconciliación, como acto positivo de mutua acogida y perdón, lo cual queda desvirtuado y prácticamente anulado. "No pasará nada" a los responsables de asesinatos, dice la amnistía. Y eso es tristemente lo que sucederá: "no pasará nada (bueno) en el país". Pierde así fuerza la incipiente dinámica que existía hacia la acogida y el perdón, por

pequeños pasos humanizadores, dinámica humana y humanizante en cuanto basada en la verdad del que se reconoce pecador y pide perdón, y en cuanto basada también en la misericordia de quien lo ofrece. La amnistía imposibilita, pero sobre todo banaliza y trivializa, al hacerse pasar como sustitutivo suyo, el hecho hondamente humano de pedir y otorgar perdón.

En tercer lugar, esta amnistía facilita que los responsables de atrocidades se cierren a sí mismos su propio futuro humano. En las conocidas palabras del teólogo K. Rahner, muchas veces citadas, "sólo el perdonado se sabe pecador". Según esto, el dejarse perdonar es difícil, sí, pues así se reconoce uno como pecador, pero es también benéfico, pues eso ocurre en el momento de ser acogido, en el momento en que el ofendido abre y no cierra futuro al pecador.

Por último, para detener la espiral del antagonismo hay que poner actos contrarios que rompan esa dinámica y fundamenten una nueva. Y así como el diálogo y la negociación, si realmente en ellos llegan a hablarse unos con otros, y nada digamos de los mártires que han cargado sobre sí la violencia, son hechos fundantes para revertir el dinamismo de esa violencia, así como la publicación del informe de la Comisión de la verdad es un hecho fundante para revertir el dinamismo de la mentira, así el perdón, ofrecido y aceptado, es un hecho fundante para revertir el dinamismo del antagonismo, la división y el odio. La amnistía otorgada, sin embargo, no revierte nada, no expresa la fuerza de lo nuevo, la humildad de pedir perdón y la generosidad de otorgarlo, sino la miseria de lo viejo, el egoísmo de aprovecharse siempre lo más posible los poderosos en provecho propio.

Repitamos al terminar estas reflexiones que, aunque puedan parecer utópicas e ingenuas, ninguna sociedad puede sobrevivir sin romper con los males del pasado, sin perdón y sin acogida, sobre todo tras años de una guerra cruel. Y a la inversa, el perdón, como la verdad, duele, pero sana. No estamos, pues, hablando sólo en términos religiosos, sino en términos sociales. Sin revertir los mecanismos pecaminosos no se puede construir una sociedad nueva. Pues bien, el tipo de amnistía otorgada, la fecha en que se ha proclamado y el

modo de hacerlo, no es uno de esos hechos que revierten mecanismos deshumanizantes, sino que, tristemente, los refuerzan.

4.2. El desencanto y la cultura de la inevidabilidad

Esta amnistía, además de lo dicho, es nociva también por otro tipo de razones. De forma simbólica, pero real, pudiera decirse que lo que se pretende con ella es "amnistiar" a todo un sistema social, hacer que pasen desapercibidos los innumerables males estructurales que durante años han sido infligidos a los salvadoreños no sólo por el sistema militar, sino por el sistema económico, político, judicial, de medios de comunicación... Y la rapidez con que la aprobó la asamblea, bien pudiera interpretarse también como una especie de auto-amnistía.

En otras palabras, con esta amnistía se desanima a enjuiciar, aunque fuese para caminar juntos y reconciliados en adelante, a todo un sistema de vida que ha sumido al país en muerte. "No se molesten en analizar, juzgar, exigir responsabilidades", parece decirse. "Si los militares han salido de ésta sin grandes rasguños, mucho menos tendrán que temer otras fuerzas más invisibles, como las económicas". Y de esta forma se refuerza una poderosa intuición de las mayorías: nada bueno se puede esperar de lo legal, pues la legalidad, en su forma militar, política, jurídica, económica, siempre favorece a unos y está en contra de los otros. Dicho en palabras fuertes, los pobres sienten que "sólo la ilegalidad los salva". Bien sea para buscar modos de vida en Estados Unidos, o para encontrar a un familiar capturado, o para tener luz y agua, o para conseguir empleo la ilegalidad les ha sido con frecuencia mucho más beneficiosa que la legalidad⁷. Y ese gravísimo mal social, la desconfianza prácticamente total en las instituciones, es lo que está reforzando esta amnistía.

Y si a la amnistía se añaden otras cosas que están ocurriendo en el país, se comprenderá el au-

mento en la resignación, en el desencanto y en la pérdida de esperanza, y de esto son responsables ambos bandos, aunque de diversa forma. Lo es el FMLN, para unos referente alternativo y cuasimítico de una nueva sociedad, al aparecer también en el informe como responsable de acciones criminales, al haber querido algunos de sus dirigentes pactar a escondidas con Cristiani, al dividirse ahora y buscar cada fracción su propio medro ante el proceso electoral. El fantasma del sandinismo, en lo que tuvo de degeneración y corrupción, puede cernirse sobre nuestro país.

Por otro lado, y con mucha más razón, la gente se pregunta si el sistema oficial y el país tienen solución, pues éste es, en efecto, el panorama que se nos presenta. El gobierno no cumple suficientemente ni al ritmo adecuado la promesa de depurar el ejército, de activar la nueva policía nacional, de entregar tierras, de poner por obra las recomendaciones de la Comisión de la verdad, siendo así que se comprometió a todo ello pública y solemnemente. La Corte Suprema de Justicia no acepta culpabilidad por su desidia e irresponsabilidad, y no ofrece ninguna reparación, sino que se escuda en la prepotencia y en un demagógico nacionalismo. Y la Fuerza Armada, por supuesto, ni reconoce ni pide perdón al pueblo por los horrendos crímenes cometidos. Más aún, tergiversa la situación y se muestra ofendida como si ahora los ofendidos, en su honra y dignidad, fueran ellos y no los miles de asesinados, torturados, desaparecidos, masacrados por sus manos, tal como lo afirma el informe. Aparecen, pues, "inmaculados" o "patriotas", y se pueden retirar sin juicio, sin que se les exijan responsabilidades y con beneficios económicos.

Ante todo esto es totalmente comprensible que mucha gente se pregunte si no será que todo sigue igual, pues en el país salen ganando los de siempre; si ha merecido la pena tanto sufrimiento, pues los militares siguen saliéndose con la suya; si hay solución para este país, pues los poderosos siguen legislando para medro de los ricos e ignorando a los pobres. Y esa sería duda explicaría, entre otras

En El Salvador existe, desde hace tiempo, una poderosa tradición de denuncia y de verdad.

cosas, por qué la gente no ha salido masivamente a la calle a protestar contra la amnistía y los incumplimientos de las recomendaciones de la comisión *ad hoc* y de la verdad.

Y el problema de la resignación y el desencanto se agrava porque no es sólo algo local y coyuntural, sino que está en la entraña del nuevo orden mundial: hay que matar la esperanza. Así lo dice con vigor y rigor X. Gorostiaga: "la geopolítica de la desesperanza y la teología de la inevitabilidad requieren hoy una proyección global para permitir la homogeneización de la nueva reestructuración promovida por la élite del poder global. La desesperanza es la actitud necesaria para la estabilidad desde la perspectiva del dominador"⁸. Parece que nos quieren introyectar una especie de postmodernidad a lo trágico para que aceptemos que así son las cosas, que no tiene mucho sentido esperar cambios ni luchar por ellos. En resumen, quieren matar la esperanza e introyectar inevitabilidad.

Dicho esto en lenguaje cristiano, si no sería justo seguir hablando ahora de un pueblo violentamente crucificado, tampoco se ve el horizonte de vida y de resurrección. Hay que hablar todavía de un pueblo empobrecido y, ahora, en peligro de ser burlado y de quedar desencantado, de volver a estar condenado al fatalismo que le introyectó su religiosidad y su Iglesia secularmente. Ante todo esto, siguen resonando las críticas de los profetas de Israel contra los dirigentes del pueblo, pues no se ve que hayan cambiado el mínimo suficiente. Y debe seguir resonando para todos la pregunta de Dios a Caín "dónde está tu hermano".

5. La terquedad de la esperanza

Quinta proposición. La situación ha cambiado y ello genera esperanza. Pero no ha cambiado de tal manera que no haya que seguir ya trabajando y luchando. Para mantener la dirección correcta del cambio y para trabajar y luchar por él es necesario generar esperanza.

5.1. Qué mueve y qué no mueve a la esperanza

Lo dicho no es lo único en el país, por supuesto. Coyunturalmente, hay cosas muy positivas alrededor del informe: el mero hecho de haberse he-

cho público y de haberse difundido en diferentes ediciones de la ONU, del FMLN, de ECA, en la edición popular de CIDEP, aunque el gobierno no lo haya editado, el que la comunidad internacional lo apoye, el que el FMLN haya tenido la honradez de asumir la responsabilidad de los hechos que se le imputan, el que haya pedido perdón y esté dispuesto a cumplir las recomendaciones por lo que a él le toca... Y, más allá del informe, es sumamente positivo, y esperamos que con repercusiones de largo alcance, que se haya llegado al fin de la guerra, y no en forma de victoria militar de un bando sobre otro, sino a través de negociaciones, que no se haya violado el cese del fuego, el proceso de desmilitarización, los acuerdos de paz...

Por otra parte, si ha cambiado el *escenario*, no ha cambiado todavía el principio estructurante de la sociedad salvadoreña que no es, como debiera ser, promover el bien común, ni menos el bien de las mayorías populares. En otras palabras, la sociedad salvadoreña no se ha volcado todavía, por decirlo suavemente, hacia el sufrimiento de los pobres, cuya situación debe ser cambiada por ser exigencia de la justicia y por haber sido la raíz de todos los males del pasado. Esto quiere decir que, objetivamente, aunque se hable de y se den pequeños pasos hacia la concertación, la sociedad está estructurada todavía de forma antagónica, pues no hay voluntad real suficientemente masiva y extendida para concertar algo serio en bien de las mayorías. La configuración económica y social está muy lejos de ser pensada desde y para las mayorías populares, y esto es mucho más que una coletilla del lenguaje del pasado, y es la máxima exigencia histórica de entonces y de ahora. La conclusión es que en el país se debe seguir luchando, no ya bélicamente por supuesto, pero ello no sólo por un principio general de que nadie suele regalar nada a los pobres, aunque así nos lo quieran hacer creer, sino porque en el nuevo escenario todavía continúa una exacerbación de los intereses de los poderosos que se anteponen a los de los pobres y objetivamente están en contra de los pobres.

El cambio de escenario, por lo tanto, no nos lleva sólo al campo de la concertación y de la convergencia, sino que sigue exigiendo el trabajo y la lucha, palabra no mencionada en la actualidad por

malsonante. Pero, por otra parte, el nuevo escenario sí ha facilitado y ojalá facilite más las cosas. Ejemplificándolo con el informe de la verdad, es evidente que en el país sigue la lucha entre la verdad y la mentira, pero ahora, por primera vez, la verdad tiene, al menos, el respaldo *oficial* del informe a su favor.

5.2. La fuerza de la esperanza

El escenario es, pues, nuevo, y su dirección está suficientemente bien definida en los acuerdos de paz y en las recomendaciones de la Comisión de la verdad. Pero éstos otorgan una dirección a la sociedad más en forma conceptual que real. En el lenguaje antes usado, no han generado todavía tradición, no se han convertido todavía en surco cuasi-físico que ayuda a caminar. Por ello es esencial preguntarse cómo hacer realidad histórica las posibilidades que ofrece el nuevo escenario.

La respuesta es compleja, y en la tarea debieran convergir, cada una según sus capacidades, todas las fuerzas del país. Pero aquí nos vamos a concentrar sólo en un punto que nos parece fundamental, por ser condición de posibilidad de todo lo demás, vista la actual coyuntura y visto el futuro desde y para las mayorías populares: *la esperanza*. Es indudable que habrá que historizarla, pero queda en pie su principalidad en estos momentos. Por ello digamos tres cosas sobre cómo entendemos esta esperanza.

La primera es que esperanza es algo correlativo a utopía, no sólo a un posible bien del futuro. Y entendemos por utopía aquello bueno que todavía *no es real*, pero que por no serlo mueve a actuar a los seres humanos para que llegue a ser. Decimos esto aun a sabiendas de que este modo de pensar está desprestigiado, en el primer mundo sobre todo, pero pensamos que sigue siendo esencial entre nosotros.

Esa utopía no es veleidad ni producto de una imaginación suelta, sino que está guiada por la misma vida y consiste ante todo en la vida, en la posibilidad de vivir en un mundo en el que el empobrecimiento va en aumento y en el que el aumento de desempleo, en eso coincide con el primer mundo, parece ser la cruel consecuencia del

modelo de desarrollo económico —en El Salvador un 60 por ciento. Y de esa utopía hay que decir que no sólo *no ha lugar*, sino que las poderosas fuerzas del mal, llamémoslas, por simetría, las fuerzas antiutópicas, se le oponen en el país y en la configuración actual del mundo.

Pues bien, desde aquí hay que comprender la esperanza como fuerza real e histórica para caminar hacia y luchar por la utopía descrita. La dirección fundamental histórica en la actualidad ya está trazada en los acuerdos y recomendaciones, pero caminar en esa dirección es a todas luces muy difícil y por ello se necesita la fuerza llamada esperanza.

La segunda es preguntarnos por el portador fundamental de esa esperanza. Al nivel teórico la respuesta es obvia y precisa: portador primario de la esperanza serán aquellos que sufren los males presentes y anhelan la utopía descrita, y éstos son las mayorías populares, el pueblo de pobres, el pueblo crucificado. Otra cosa es quién puede generar esperanza y ponerla a producir, y aquí idealmente debieran cooperar todos: el mismo pueblo organizado con su poder social y las fuerzas económicas, políticas y, soñemos, los militares que



tienen poderes para configurar la sociedad. Estos últimos, por decirlo suavemente, no han generado históricamente esperanza (aunque han ofrecido e incumplido innumerables promesas), sino su contrario, pues al parecer el tipo de institución que busca poder para ella misma no genera esperanza para otros. Otra cosa es que, aunque no la genere primigeniamente, pueda historizar y poner a producir la generada por otros.

Esta sería, en nuestra opinión, una manera de formular radicalmente la "concertación" más honda y más difícil: quienes tienen poder que lo pongan al servicio de quienes tienen esperanza y que quienes tienen esperanza pongan a la sociedad en la dirección correcta. Si se nos permite formularlo de forma paradójica, las instituciones que buscan y tienen poder (militar, económico y político) no son, por su naturaleza, las portadoras primarias ni de utopía ni de esperanza, mientras que quienes sí son portadoras de ello no tienen poder por sí solas para historizarlas. Resolver esta paradoja es la concertación fundamental y la más necesaria.

La tercera y última reflexión es cómo generar esperanza, cómo hacer para que las mayorías populares sientan que la vida es en verdad posible y cómo conseguir que una conciencia colectiva configurada de esa forma y convertida en presión social mueva a las diversas instituciones a historizar la esperanza de las mayorías. Pensar que eso es posible ya es, a su vez, cosa de esperanza, y otros analizarán las condiciones concretas, políticas y económicas, de esa posibilidad. Aquí nos vamos a concentrar en lo que nos parece ser el origen de toda esperanza, recordando brevemente cómo se ha generado esperanza y utopía en este país, y si lo hacemos en lenguaje cristiano es porque ambas cosas son centrales en la fe, pero, además, porque hoy por hoy sólo en la teología, al parecer, hay lugar para reflexiones de este tipo, mientras que fuera de ella son vistas con recelo y sospecha, cuando no con desdén.

Pues bien, entre nosotros la esperanza y la utopía han sido generadas no como conclusiones o extrapolaciones racionales de una u otra ideología o actividad política, sino como producto de la dedicación y entrega, no rutinaria y periférica, a los pobres, de la proclamación y la lucha por la ver-

dad que los defiende, de los riesgos que se han corrido al enfrentarse con sus opresores... A través de todo ello, y dicho sin ningún piadosismo, los pobres han captado que en este mundo hay misericordia y amor, y esto hasta el día de hoy, desde Jesús de Nazaret a Monseñor Romero, genera y mantiene esperanza. Indudablemente hay que historizar esa misericordia y ese amor de acuerdo a las estructuras que hay que transformar y crear, pero el amor mantendrá al menos la esperanza y con ella la entrega, la lucha y la creatividad.

Muchas cosas hay que hacer en el nuevo escenario, pero nos parece fundamental mantener o devolver, según los casos, esperanza a las mayorías populares. Y recordémoslo porque es central y suele ser malentendido: entendemos por esperanza la fuerza —personal, pero también social, que es lo que aquí nos interesa— para la consecución real de la vida, y como dirección hacia la utopía, el mínimo de vida digna, justa y fraterna.

"Nos podrán quitar muchas cosas, la vida incluso y la libertad. Pero si nos quitan la esperanza nos han quitado todo", dijo don Pedro Casaldáliga recientemente en la UCA. Esta es una afirmación humano-religiosa, sí, pero no sólo eso. Es también una afirmación histórica y social, pues en la esperanza está en juego la fuerza fundamental para cambiar la sociedad y su dirección.

¿Existe esa esperanza en el país, está presente en la conciencia colectiva de las mayorías como esperanza socializada? Esta es hoy una de las preguntas más importantes, quizás la más importante. Esperanza la ha habido, ciertamente, y ha producido muchos bienes. Quizás ahora la quieran hacer desaparecer o al menos que desaparezca la centralidad que le ha sido y le sigue siendo propia, es decir, que quieran sustituirla por el moderado optimismo que, en el mejor de los casos, suscitarían la concertación, la tolerancia, el olvido, el pragmatismo, el realismo... Ambas cosas no se oponen, ambas son necesarias, ambas deben complementarse y no se debe sustituir voluntariamente una por otra. Pero dicho todo esto, hay que recalcar que no son lo mismo, y que si desaparece la esperanza, todas las demás realidades pierden su bondad específica para nosotros. Por ello, es muy importante mantener la esperanza en el país. Ojalá

la mantengan aquellos a quienes les toca historizarla y tienen poder para ello (los oligarcas, los gobernantes, los políticos y, contra esperanza, los militares), pero la deben generar ciertamente organizaciones populares, sindicatos, centros educativos, universidades, iglesias...

Terminemos volviendo al informe de la Comisión de la Verdad. Ya hemos visto su importancia y sus raíces en lo mejor del pueblo salvadoreño. A eso hay que añadir ahora que el informe ha generado esperanza, pero hay que estar también conscientes de que lo que con él se haga puede generar más esperanza o nueva desesperanza. Aquí está, en nuestra opinión, su importancia última para el país. Si de malas formas, como lo quieren hacer militares y gobernantes, o incluso si se hace de formas "razonables" a las que suelen apelar los políticos, se llega a ignorar, desvirtuar o diluir el informe, ello será un inmenso mal para el país, pues será otra forma de arrebatarle su esperanza.

El informe que ha provocado estas reflexiones es un informe de *la verdad*, y en estos días se ha repetido hasta la saciedad que la verdad hace libres. Pero hay que recalcar que el informe es también un símbolo de que la verdad es posible *en contra* del encubrimiento y de la mentira, y por ello es también un símbolo de esperanza.

Siempre que hay esperanza es que ha habido un gran amor, y allí donde hay amor es posible luchar por la vida. En nuestra opinión, esta secuencia de verdad-esperanza-amor-vida es lo que se expresa en el informe y en ello está su significación fundamental.

Notas

1. Lo mismo ocurriría si otras instituciones analizaran la verdad de la economía, de la administración de justicia, de los medios de comunicación: mostrarían un país del revés, cabeza a bajo.
2. Dicho lo anterior en el lenguaje de "idolatría" usado por Monseñor Romero, ayudado en esto por I. Ellacuría, la dinámica de la violencia comienza con la idolatrización del dinero, "la absolutización de la riqueza y de la propiedad privada". Esta, a su vez, exige "la absolutización de la seguridad nacional", es decir, la idolatrización de la Fuerza Armada, de las fuerzas paramilitares y de los escuadrones de la

muerte, y todo ello para mantener la primera idolatría. Por último, suele acaecer, como repuesta, la organización popular con la consiguiente violencia, todo lo cual puede llevar también a "la absolutización de la organización", es decir, a idolatrizarla. De esta forma, no por intuitiva y sencilla, menos verdadera y útil, desde la idolatrización-absolutización se puede analizar el informe como denuncia de la segunda y tercera idolatrías, pero sin mencionar, no era su tarea, la primera y originante. Para el pensamiento de Monseñor Romero sobre la idolatría, véase J. Sobrino, I. Martín Baró y R. Cardenal, *La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero*, (San Salvador 1981) 145ss.

3. No es sutileza ni ironía esperar que algún día una comisión de la verdad contase cómo se ha violado en el país el séptimo mandamiento. Mucho dudamos que se llegue a nombrar una tal comisión, pero mencionémoslo al menos para comprender lo inusitado y sorprendente del presente informe.
4. Baste, como muestra, recordar las declaraciones de Mons. Romeo Tovar Astorga, quien responsabilizó al FMLN de los asesinatos de la UCA, y recientemente ha atacado al informe de la Comisión de la Verdad y ha defendido al sistema de justicia, cuya total depuración es recomendada por el informe.
5. Por esclarecer este punto con un ejemplo, es sabido que en Guatemala fue asesinado un elevado número de sacerdotes pero, debido sobre todo a la postura del entonces cardenal Casariego, estos asesinatos no se denunciaron con fuerza, sino que se trató de evitar futuros asesinatos y de normalizar la situación a través de conversaciones privadas con políticos y militares. Es cierto que, años después, cuando ya había sido asesinada más de una docena de sacerdotes, cambió la situación, y la conferencia episcopal —ya sin la presencia del cardenal Casariego— hizo denuncias claras y valientes. Pero en lo que queremos insistir es que el silencio sobre los primeros asesinatos no sólo no evitó posteriores asesinatos, sino que dificultó mucho la posibilidad de generar una tradición de denuncia y de verdad.
6. En nuestra opinión, esta postura de Cristiani es también desesperanzadora pues, presuponiendo su deseo de cumplir con el espíritu y la letra del informe, no puede actuar contra la Fuerza Armada, teniendo la correlación de fuerzas como nunca a su favor, muchas fuerzas internas y, sobre todo, las fuerzas externas más poderosas: Estados Unidos, Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Comunidad europea. De ahí que muchos se pregunten qué ocurrirá en el país cuando vaya disminuyendo la presión internacional y la presencia de ONUSAL.

7. Las sectas han resuelto el problema de forma todavía más radical: nada de lo terreno salva, fijémonos, pues, en lo celestial.
8. X. Gorostiaga, "La mediación de las ciencias socia-

les y los cambios internacionales", en J. Comblin, J. I. González Faus, J. Sobrino, *Cambio social y pensamiento cristiano en América Latina* (Madrid, 1992) 131.

